

«Comer de la poesía»

(CONTRADICCIÓN, REFLEXIÓN, ESPEJO, SALIDA)

J.

SEAFREE

Desde que comencé en los años noventa a realizar acciones poéticas, como una vía más de expresión poética experimental, tuve muy presente tanto las vivencias personales como la situación social de cada momento. Ello resulta comprensible si revisamos tanto mi poesía verbal como mi poesía visual, en las que también los contenidos sobre mi propia existencia y circunstancias temporales, como la crítica sobre determinados aspectos ideológicos, han estado presentes y lo siguen estando. Y si la palabra y la imagen muestran con mayor o menor realismo tales temáticas, no podía ser de otro modo: algunas de mis acciones poéticas suponen una metáfora, a veces *arriesgada*, de los asuntos vitales fundamentales en cada etapa. Evidentemente, «Comer de la poesía» es ejemplo de ese punto de partida y de esas condiciones.

En julio de 2012, dentro del encuentro PICNIC ACCIONES EN EL CAMPITO (organizado por el colectivo Bokacción), llevé a cabo la *primera parte* de «Comer de la poesía»; aquella acción compartía con la de este año ciertos aspectos y también, por supuesto, la premisa o intención que el propio título refiere. Pero el lugar, el público y el desarrollo de la acción eran otros, más reconocibles a los habituales en un evento de arte de acción como aquel, y, por tanto, aquella *primera parte* ciertamente expresaba o estaba más cerca de una metáfora que la acción poética llevada a cabo este año. No obstante, supuso un relativo punto de inflexión, tanto por el significado artístico/poético de la acción como por la *puerta* personal que se abría a partir de la pretensión/quimera en la dedicación plena alrededor del mundo de la poesía en sus diferentes modalidades expresivas.

A mediados de mayo de este año decidí salir a la calle con la poesía *a cuestras*, dando un paso más a partir de la *primera parte* de «Comer de la poesía» del verano del año anterior. Lo primero fue elaborar un cartel:

COMER DE LA POESÍA
estoy en el paro desde diciembre de 2011
CONSUMA(C)CIÓN
ediciones de poesía

Después, elegir la ubicación en alguna calle del centro de Madrid —que hubieron de ser varias, según los resultados de cada *jornada* o las indicaciones de la policía sobre la no conveniencia de permanecer en alguno de los espacios escogidos—. Durante 17 días, entre la segunda quincena de mayo y la primera de junio, en sesiones de hora y media a cuatro horas, el cartel, un servidor en silencio, diversas ediciones de poesía propias y otros elementos indispensables para la sujeción y el transporte de las mismas, frecuentamos 5 calles muy transitadas de la gran ciudad.

Las cuatro líneas del cartel resumen y expresan una intención (el título), una situación personal (2ª línea), la justificación o explicación propiamente poética o artística (3ª línea) y, finalmente, la información de lo que allí se muestra. La acción poética como no-espectáculo; mezcla de arte y de vida; como prolongación del acto puramente creativo; cuando no tiene lugar y/o no es necesario su anuncio. En cualquier acontecimiento artístico público juegan un papel hasta cierto punto decisivo la elección de un espacio o lugar específico, por un lado, la interacción con el espectador/observador, por otro.

La circunstancia decisiva para llevar a cabo la acción poética responde a un motivo principal: el principio de necesidad, esto es, la difusión de un producto concreto (edición de poesía), mediante su venta callejera; además, la experiencia de ser testigo de la aceptación o no, del interés o no, por la poesía, fuera de un ámbito común a la misma. Y a partir de esto surgen algunos planteamientos: si la representación artística busca el aplauso, si el acto artístico requiere público...

Se trata también de vislumbrar las posibilidades inesperadas de la acción poética: que suceda lo extraordinario desde condiciones normales, cotidianas, previsibles. Se ponen en duda los logros estéticos, dando prioridad a la conducta social, a que sucedan cosas, a que el latido urbano fluya, en todas sus variables (gente, climatología, intervención o no de la autoridad, otras contingencias, etc.), sobrepasando el aspecto vivencial a las consecuencias técnicas o logros previstos. Y todo ello sin olvidar cierta disciplina, como si de un trabajo, una cita obligada, impuesta, se tratara.

La actividad inicial, y a mantener (cuando el «público» no muestra interés alguno) es no decir, pero sí observar; intuir la oportunidad del diálogo, a través de

conductas no verbales: la mirada, el detenerse, nombrar ciertas palabras por parte del transeúnte...

La singularidad del cartel, junto a la presencia de las ediciones, la silla o no, etc. transmitió confusión (intencionada o no) al «espectador» (la gente que pasa) sobre la identidad propia: poeta/artista y/o persona necesitada, en la calle.



Además de esa primera intención entra en juego el compromiso: a través de la disciplina (horas de permanencia, días de ejecución,...) ya mencionada. A través también del entusiasmo o las expectativas al comienzo de cada *jornada*. Al final es un compromiso con uno mismo: divulgar las propias ediciones de poesía y obtener dinero con la venta de las mismas.

Lo curioso es que ese principio de necesidad, ese motor de arranque, con sus inconvenientes (tiempo, paciencia, escasez de ventas, falta de interés de los transeúntes, etc., etc.) se tornó en un acto voluntario y, por ende, liberador: llevar a cabo una acción poética coherente (poesía y vida, arte y calle), sincera, espontánea, natural, absolutamente experimental.

¿Hasta qué punto es una acción invisible?

La acción tiene lugar, al margen de su escasa difusión en facebook, como cualquier obra de arte plástico, como cualquier página escrita, como cualquier pieza compuesta: su realización, su ejecución constituyen su materialización, sin que se requiera presencia de un espectador, observador, público, comprador, consumidor...

Porque la poesía supone a menudo un acto de insurrección, en este caso, sin discurso previo, como acción individual. La acción poética al servicio del individuo, en contraposición al arte que comúnmente sirve a la ideología dominante, al poder económico (mercado) y a la autoridad política. Puesto que el poder político y el económico siempre han estado unidos al arte, esta acción poética postula que el arte habite la inocencia. Cuando la propia actividad, el momento, el ir y venir suponen parte del proceso creativo. Dado que el arte depende en gran medida de los medios de comunicación, la información no es neutral; qué y cómo se hace público es decisivo. En este sentido, «**Comer de la poesía**» se presenta como una acción poética contradictoria, reflexiva y, además, como cierto espejo y salida, de y a una situación personal.

La acción poética en la ciudad, selva (por incierta, por agitada, casi caótica, por ser un espacio sin valores) y jardín (multitud de servicios, organizada, segura, espacio de libertad), al mismo tiempo. La gran ciudad, su centro: lugar conocido, histórico, cosmopolita,... como oportunidad. Un espacio en general, capital de la cultura, de la información, del tránsito. Pero también, la acción poética en la ciudad como límite de la actividad, como espacio de representación personal, al margen o más allá de los escaparates, los carteles publicitarios, los mensajes luminosos, inherentes todos al comercio. «Los efectos del mundo informático y sus lenguajes están trastocando el sentido y la percepción del espacio y del tiempo, de la noción de ser humano y de cómo este transmite y entiende la información sobre sí mismo y la sociedad en la que forma su identidad» (José Lebrero Stals). Alejarnos de la comodidad, de la fácil costumbre; también de la página y del e.mail, de la librería

y de los recitales. No es necesario establecer un punto intermedio (o de encuentro) entre arte y vida; las dos “facetas” fluyen a la vez.

Sacar la poesía a la calle es algo así como hacer desaparecer el borde del cuadro en pintura; una incursión de la poesía en la vida (o acaso al revés?). La calle constituye un «mercado» libre, abierto. Si la poesía es comunicación, debe descubrir su oportunidad, como tal, en la calle. Si el arte de acción y también la poesía, pensamos que suponen o se justifican como trabajos, como procesos liberadores, solidarios, revolucionarios en lo social, su existencia implica y conlleva ineludiblemente una comprensión del amplio «espectro» real, de los motivos y de las condiciones de la gente, del grupo al que pertenecemos o en la comunidad más o menos amplia en la que vivimos, nos desenvolvemos. Es decir, no olvidar el aspecto antropológico de la acción poética. El valor significativo de la acción poética depende de la *utilidad* del objeto expuesto y pretendido (ediciones de poesía en nuestro caso) y del contexto y situación elegidos.

Puesto que la creatividad poética en general, y la experimentación en poesía van más allá de lo previsible, de lo tradicional: la demostración de unas técnicas determinadas, el uso de unos lenguajes asimilados y el seguimiento de unas pautas preestablecidas sirven al principio, pero no suponen ninguna premisa ni ninguna frontera a la imaginación y al entusiasmo que requiere la búsqueda y el talento potenciales. El diálogo entre vida y arte, entre lo cotidiano y lo poético discurre en ambas direcciones: uno y otro se influyen a la vez, y es el reforzamiento de esta enriquecedora reciprocidad donde hallamos el riesgo y a la vez la recompensa.

Desde la necesidad que impulsa la puesta *en práctica* de la acción en «**Comer de la poesía**» se viven experiencias, escenas, impresiones y sensaciones previamente insospechadas: cuando la poesía *visita* de verdad la calle, el latido de la urbe la recibe con múltiples imposturas o con increíbles alabanzas. La experimentación, la **consume(c)ción**, aluden, pues, a una declaración personal en la conciliación de lo vital y lo poético. Para combatir la idea de que la poesía y su experimentación (en la acción, en lo visual,...) se mantienen sin integrarse en el sistema de valores imperante en las instituciones y los poderes fácticos del ámbito artístico, nada mejor que *descender* a la práctica artística en plena calle, como lo hacemos en cualquier otro escenario: la biblioteca, el salón de actos, el teatro, etc.

El anonimato, la soledad, la *economía* sumergida, las incomodidades consustanciales al evento o acontecimiento de la acción, constituyen aquí variables esenciales que intervienen decisivamente en la duración de las sesiones, en la constancia pretendida, convirtiéndose la mayor parte del tiempo el poeta en observador del entorno, ajeno éste, casi siempre al hecho poético presente, y desinteresado siempre de la explicación que la palabra en la 3ª línea del cartel encierra y sugiere.

La sorpresa llega entonces a ambos lados: para el poeta cuando es testigo de ciertas curiosidades, reacciones, comportamientos,... de algunos transeúntes; para estos —los que advierten la presencia, el mensaje y la intención del cartel— que se expresan verbalmente, se detienen, etc. Inquietud y deambular como piezas

del mismo telón de fondo; si la percepción es a menudo un motivo de placer en la comprensión de cuanto nos rodea, la interrelación que la acción poética propone es una pieza angular para la continua expansión de la poesía.

Madrid, agosto de 2013